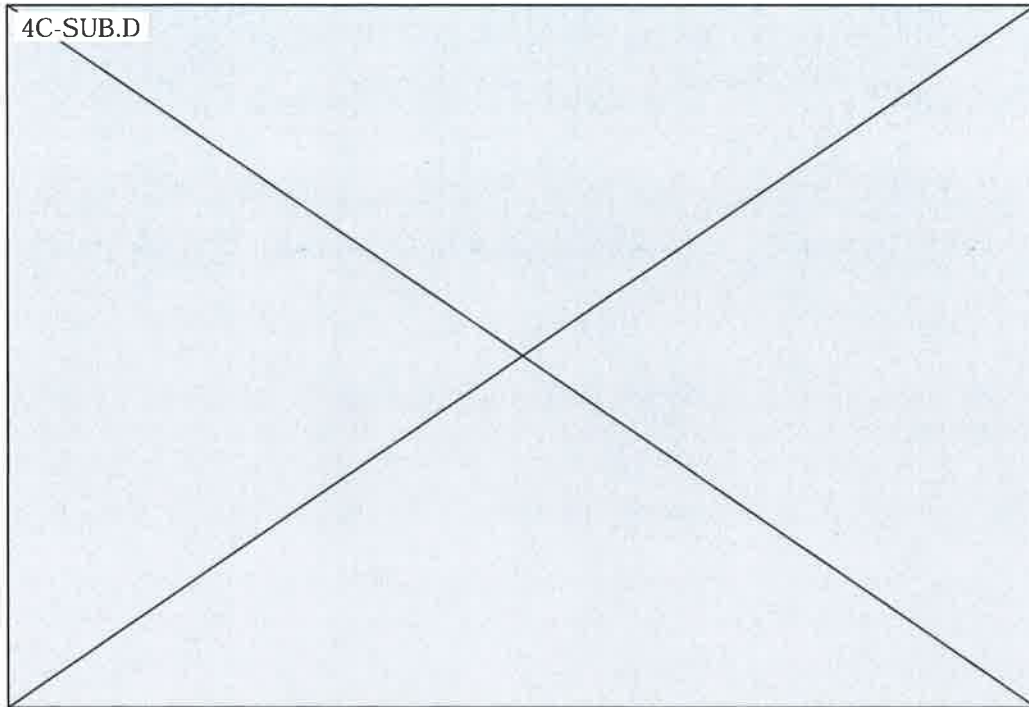


cultura



Modelo de terracota de *El éxtasis de santa Teresa*, de Bernini, expuesto actualmente en el Prado en una muestra del escultor. /BERNARDO PÉREZ

Maximiliano Herráiz, uno de sus mejores estudiosos. "Basta ser mujer para caerse las alas", se quejaba Teresa de Cepeda y Ahumada. Voló bien alto y llegó a firmar sólo con el apellido de su madre, Ahumada. Aconsejaba a sus monjas que no se arrugasen ("Nada te turbe, / nada te espante"), y menos ante "esos negros devotos destruidores de las esposas de Cristo".

Con antecedentes de judíos conversos, nació en una familia cristiana que tenía muchos libros en casa, incluso de caballerías, pero no la Biblia, sospechosa para inquisidores de todo tiempo. Fue mística, pero también mujer de negocios. Cada fundación de un convento era para ella, además de una hazaña

"El franquismo le hizo un flaco favor", según el hispanista Joseph Pérez

Fue feminista a su modo; se sobrepuso a los machismos de su tiempo

Nuevas visiones de Teresa de Jesús

La celebración del quinto centenario subrayará en 2015 la faceta literaria y reformadora de la carmelita, más allá del tópico de la "santa de la raza"

JUAN G. BEDOYA
Madrid

Teresa corta cebolla en la cocina de su monasterio en Ávila cuando entra el Gran Inquisidor husmeándolo todo. "Entre pucheros anda Dios", escucha que dice el prelado, citándola. Hace tiempo que resuenan frases de la escritora, con mucha garra popular. En una proclamó que "la verdad padece, pero no perece". Al inquisidor no le gustan. Qué hace una mujer, una monja, diciendo esas cosas sin control de los prelados. Son "tiempos recios", ha escrito Teresa. Corre 1562 y tiene ya 47 años, una edad avanzada para aquel tiempo, mucho más para iniciar la campaña que culmina en una sonada reforma del Carmelo y la fundación de 17 conventos. Es una tarea quijotesca y peligrosa, le advierten. Va a contarla en libros que no publica en vida, por prudencia, por la censura, por miedo. Pero los libros y las cartas, manuscritos con gracia, corren de mano en mano, con gran disgusto de inquisidores y envidiosos. A hablar de todo eso entra el Gran Inquisidor en la cocina del convento de san José.

La escena la desarrolla el dramaturgo Juan Mayorga en *La lengua en pedazos*, la obra por la que obtuvo el año pasado el Premio Nacional de Literatura Dramática. Se ha vuelto a representar en el Centro Internacional Teresiano Sanjuanista (CITES), de Ávila, dentro de los eventos preparatorios del quinto centenario del nacimiento en 1515 de la autora del *Libro de la vida*. El Gobier-

no ha creado una comisión para ensalzar esa conmemoración como "un proyecto de Estado, consciente de la importancia de una escritora, poeta, mística y fundadora que contribuyó a alumbrar el Siglo de Oro". La apertura oficial del centenario será el próximo 9 de enero en Ávila y los obispos esperan que el papa Francisco venga a España con tal motivo en alguna fecha del año entrante. Así lo apuntó ayer el presidente ejecutivo de la comisión encargada del centenario, José Carlos San Juan Monforte.

"La dictadura franquista hizo a Teresa de Ávila un flaco favor al proclamarla la santa de la raza", sostiene el hispanista fran-

qués Joseph Pérez, distinguido este año con el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. La orden de los Carmelitas Descalzos —1.400 conventos en 120 países, con 12.000 monjas y 5.000 frailes—, comenzó a preparar hace cuatro años este centenario, con el convencimiento de que "nunca como ahora habrá mejor oportunidad para recolocar en escena el verdadero perfil de santa Teresa, muy emborronado durante décadas del siglo pasado".

Contra la conspiración de los ruidos, con mistificaciones de increíble mala fe, todo el quinto centenario se prepara para que Teresa de Jesús reluzca en todas sus facetas, no solo en la religio-

sa. Fue reformadora contra viento y marea. Fue mística. Fue escritora. Fue poeta. Fue atrevida. Aún hoy sorprende que la Inquisición, que la vigiló con saña, no la encarcelase, como hizo con tantos otros genios de la época, también con fray Luis de León, primer editor de las obras completas de Teresa. Quizás por eso, la mística de Ávila y su joven y genial compañero de fatigas, san Juan de la Cruz, muy pronto iban a convertirse en las personalidades más célebres del misticismo cristiano.

También fue santa Teresa feminista a su manera, sobrepasándose con coraje a los machismos de su tiempo. Lo sostiene

religiosa, una operación inmobiliaria no siempre pacífica.

Se sintió segura de sí misma, sobre todo, frente a arzobispos y nuncios, empoderada por decirlo con palabra de moda. Dos anécdotas reflejan el carácter de la reformadora. Un día que fue a visitar las obras de su primer monasterio descalzo, un albañil dijo al verla pasar: "¡Qué lástima, una mujer tan guapa y que sea monja!" Teresa volvió sobre sus pasos: "A ti te da igual porque nunca me hubiera casado contigo". Y siguió observando las obras.

Otra vez que estaba para firmar las escrituras de compra de un terreno para la fundación de Valladolid, el notario sopló al oído de su secretario: "Por un beso de esta mujer me daría por bien pagado". Ella le acercó la cara. El notario: "¿Qué quiere?" Ella: "Que me bese". Cumplido el deseo del notario, se despidió: "Nunca una escritura me ha resultado tan barata".

Es deliciosa su visión de los colegas fundadores, todos hombres, tan dados a vivir lujosamente en Roma. "Jamás ninguno vino a España", escribe en *Libro de las Fundaciones*. Ella nunca se prestó a esa romería (ja Roma, a Roma!), que afea a un superior general: "Es que su señoría, estando allá, no entiendo lo que pasa acá". El nombre de la santa reformadora y mística corrió pronto de boca en boca por toda Europa, traducidas casi todas sus obras y muy leídas. Las mejores plumas y los más afamados pintores la ensalzaron ya en su tiempo. Lo hace Cervantes, que le dedica una poesía en silvas; también Góngora, Quevedo y Lope de Vega, este mediante dos obras de teatro y nueve sonetos, y la pintan Velázquez y Rubens. También la inmortaliza el mejor escultor del Barroco italiano, Bernini, en su monumental *El éxtasis de santa Teresa*.

El brazo incorrupto y el dictador

Para cuando Gregorio XV canoniza a Teresa de Jesús en 1622, el mismo día que a Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Isidro el Labrador y Felipe Neri, el cuerpo de la mística está ya descuartizado en reliquias y muy repartido. "Se queda para siempre jamás en este convento", se había juramentado la duquesa de Alba el mismo día de la muerte de la santa en Alba de Tormes, el 4 de octubre de 1582.

Los restos de una mística famosa son siempre un capital, pero nueve meses después llega a Alba el superior del Carmelo, Jerónimo Gracián, y pide ver el cuerpo. Está intacto, aunque huele mal. Lo exhuman, lo la-

van, lo visten y lo exponen en el coro. Por la noche, en secreto, lo trocean. El propio Gracián corta la mano izquierda y el dedo meñique: la mano para las carmelitas de Lisboa, el meñique para quedárselo él. En Alba queda el brazo sin mano, como consueño. El resto del cuerpo lo llevan esa misma noche a Ávila, a lomos de una mula, envuelto en manta de sayal entre dos pacas de paja. "Hay reliquias de santa Teresa en los más diversos lugares de la Cristiandad", cuenta Joseph Pérez en *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*.

La mano izquierda que se llevó Gracián en 1583 acabó en manos de Franco en 1939. El dicta-

dor ve en Teresa "la santa de la raza", así que ya no se separa del siempre conocido como "brazo incorrupto de santa Teresa" (en realidad, una mano sin meñique). Cuando duerme en el Pardo lo tiene en la mesilla de noche y lo lleva consigo cuando viaja. Menos al último viaje. Ingresado moribundo en el Hospital de La Paz de Madrid, un arzobispo acude a palacio para recogerlo y depositarlo a los pies del enfermo. Fallecido al fin, su viuda, Pilar, entrega la dichosa mano al Primado de España, cardenal González. Es diciembre de 1975. De Toledo el brazo viaja al Carmelo de Ronda 42 días más tarde. Allí sigue.